

## RESEÑAS DE PUBLICACIONES

Iván Barrientos Garrido. *Luigi Stefano Giarda: Una luz en la historia de la música chilena*. Santiago: Fondo Editorial UMCE, 2006. 144 pp.

La aparición del libro *Luigi Stefano Giarda: Una luz en la historia de la música Chilena*, de Iván Barrientos Garrido, es la ocasión ideal para brindar un merecido reconocimiento público al profesor Iván Barrientos, como un académico de excelencia y un "mejor amigo", a quien en los ochenta tuve la fortuna de tener como alumno. Un dato lo retrata de cuerpo entero. Pudiendo realizar entonces un Curso de titulación extraordinaria de algunos semestres de duración, optó libremente por cursar como alumno regular todo el plan de estudios de la carrera de Pedagogía en Educación Musical. De paso, tuvo que soportar al profesor de Composición Escolar que lo atiborraba de trabajos, investigaciones y, por supuesto, creaciones musicales. Sin quejas y con una paciencia a toda prueba, se tituló silenciosamente. Con posterioridad, y con todas las de la ley, ingresó por la "puerta ancha" como académico del Departamento de Educación Musical, de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), al que conoció íntimamente en sus fortalezas y debilidades, anteriormente como estudiante y luego como profesor.

Hasta el día de hoy ha sido un colaborador de agudo y justo pensamiento crítico, aportando con su inteligencia al desarrollo del Departamento. Ser humano de integridad a toda prueba, ferviente partidario de la calidad, excelencia y exigencia, y por sobre todo, un defensor a ultranza de valores permanentes. Esta combinación, admirable desde todo punto de vista, la mayoría de las veces genera demasiadas incomprensiones, pero esto, lejos de desmoralizarlo, lo impulsa a mantener su esencia. Su claridad y transparencia ética le han favorecido en su búsqueda constante de perfección personal y académica. Ha obtenido grados y postgrados en la especialidad, sin ayudas oficiales y sólo con su fuerza de voluntad.

Esta breve síntesis biográfica del autor se podría titular como: "Iván Barrientos Garrido y su amor por la música". En ésta no pueden estar ausente sus obras como compositor exitoso, entre las que se puede recordar, entre otras, su *Suite Aysén*.

La comprobación de los evidentes elementos mágicos comunes entre el autor y el maestro italiano de origen y chileno por adopción, Luigi Stefano Giarda, son evidentes. Tal vez ahí radique la clave del excelente libro escrito por el profesor Barrientos, ya que reúne magia, o capacidad de modificar la realidad, rigurosidad en la investigación de larga data y una siempre bien recibida amenidad y talento de síntesis.

Al entrar en circulación el libro comentado, a menos de un mes de cumplirse los cincuenta y cinco años de la muerte del maestro Giarda, ocurrida el 3 de enero de 1952, se inicia el pago de la primera cuota de una deuda histórica que tiene Chile con Giarda. Cultivó en plenitud sus dotes sobresalientes de intérprete (violoncellista), compositor prolífico (su catálogo reúne más de 1.500 obras para géneros diversos), profesor de diversas asignaturas básicas en la formación musical (escribió tratados sobre *Armonía*, *Formas musicales* e *Historia de la música*), director de orquesta y de agrupaciones de cámara, productor de conciertos, conferencista, etc. En todas estas actividades cumplió fielmente con las categorías comunicativas aristotélicas: *ethos*, *pathos* y *logos*. Estas son absolutamente comprobables en una serie de críticas y comentarios documentados sobre su persona. A modo de ejemplo, Luigi Florino señala: "Se le ha aclamado en Italia y otros países como a un brillante concertista. Como compositor es tan notable como en su instrumento. Ha compuesto numerosas obras, las que le han merecido justicieros elogios. Además este distinguido artista posee un talento de un Novelli, es decir, es un gran actor. Su declamación en los monólogos es algo digno de oírse y se revela como un gran actor" (p. 39).

La real importancia del aporte musical entregado por Giarda a Chile se puede dimensionar dentro del contexto histórico-cultural de la época en que llegó al país. En 1905 existía el Teatro Municipal. No obstante, carecía de una orquesta estable (cualquier semejanza o parecido con la situación actual es pura coincidencia). Sólo se formaban orquestas cuando visitaban Santiago las compañías operáticas, especialmente italianas. Giarda difundió la ópera italiana sin dejar de lado la música docta chilena y universal, tanto sinfónica como de cámara. Trabajó como profesor en el Conservatorio Na-

cional de Música, y promocionó con entusiasmo las obras de compositores chilenos. Realizó un trabajo notable con la primera generación de compositores doctos chilenos tales como Soro, Leng, Bisquertt y fue profesor de composición de Pedro Humberto Allende, Premio en Artes Musicales de 1945. Estrenó una parte del *Concierto* para cello y orquesta de Allende, obra comentada por el mismísimo Debussy en carta dirigida al compositor y conservada hasta hoy por su familia. Un antecedente no menor es el que recoge con justicia Iván Barrientos en el que destaca que Giarda fue profesor de composición de María Luisa Sepúlveda (1898-1959), la cual se tituló oficialmente en 1919 y a quien se le reconoce como la primera compositora chilena y tal vez de Latinoamérica en recibir el señalado título (pp. 60-61).

Giarda recorrió el país ofreciendo conciertos y estrenando obras personales y de creadores del patrimonio universal. También fue importante su incorporación a la logia *Aurora de Italia* (p. 49). Paralelamente, participó en forma activa en las organizaciones de la colonia italiana en Santiago. Por otra parte, son muy interesantes las referencias que destacó el profesor Barrientos acerca de la relación que Luigi Stefano Giarda tuvo con el Instituto Pedagógico, tanto por las conferencias y conciertos que ofreció, como por las reiteradas peticiones (nunca escuchadas) de inclusión del estudio formal del italiano en el curriculum (pp. 65-69). Esta información me hizo meditar en las relaciones tácitas y misteriosas que a veces se producen: Primero, que un académico de fuste como lo es Iván Barrientos se hubiese interesado por rescatar la figura de Giarda; segundo, que sus investigaciones fueran publicadas en la *Revista Musical Chilena* y en el *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana* editado por el Ministerio de Cultura y la Sociedad General de Autores de España (SGAE); tercero, que la *UMCE* creara el Fondo Editorial con la obligación de convocar anualmente a sus académicos a un concurso de edición de libros; cuarto, que decidiera el autor participar del concurso; quinto, que de manera unánime el jurado seleccionara el libro del profesor Barrientos; y sexto, que al 6 de diciembre de 2006, a poco de cumplirse el quincuagésimo quinto aniversario de la muerte de Giarda, se diera a conocer públicamente el libro. Todos estos hechos mágicos, misteriosos, son dignos de destacar.

Giarda fue profesor del Conservatorio Nacional de Música desde 1906 y llegó a ocupar el puesto de Subdirector, cargo que fue suprimido injustamente el año de la reforma del Conservatorio en 1928. Con la pertinencia correspondiente, Barrientos nos regala una reflexión personal de Giarda que dice: "Pasan los años y vegeto... vegeto en el sentido que mi pobre existencia, intelectualmente, se pierde. De la mañana a la noche me lo paso haciendo clases de música a personas poco inteligentes. Desperdiciando de esta manera mis fuerzas que bien podría dedicarlas a cosas más útiles. Estoy desilusionado, humillado. Separado del Conservatorio donde trabajé por 22 años. Sufriente, triste, quisiera dormirme apaciblemente en un profundo sueño que no tenga despertar" (p. 85).

Vivió enamorado de su segunda esposa, la chilena Amanda Cruzat, quien falleció cinco años antes que el maestro Giarda. Su amor lo expresó en muchas obras dedicadas a ella. Destaca Barrientos la canción *No he soñado un rincón de cielo* con texto del poeta persa Omar Khayyam que dice:

No he soñado un rincón de cielo  
sino como un lugar de reposo,  
porque yo he llorado tanto  
hasta casi no ser capaz de ver.  
El infierno no es sino una chispa  
comparado con el sufrimiento de mi espíritu  
y yo no creo en el paraíso  
sino cuando gusto un instante en paz.

En la partitura el maestro escribió lo siguiente: "Esta poesía retrata profundamente el estado de mi espíritu tanto de este día como aquellos de los años anteriores cuando auguraba todo el bien para Ella, que fue mi amor más excelso" (p. 97).

Debido a desafortunados hechos circunstanciales de un período de nuestra corta historia de la música chilena, la magnífica y esplendorosa obra legada por el maestro Giarda fue olvidada y borrada artificialmente. Baste citar que en una *Breve Historia de la música chilena*, editada por la Revista *Errilla*, se le dedican 11 palabras al maestro, a pesar que se relacionó musicalmente con Franz Liszt, Giacomo Puccini, Pietro Mascagni, Richard Wagner, Giuseppe Verdi, Edvard Grieg, entre otros reconocidos compositores.

Ya era hora de rescatar y revalorizar la magna labor realizada por Luigi Stefano Giarda, italiano de nacimiento y chileno de alma y corazón. No en vano, y con aguda inteligencia, Iván Barrientos

subtituló su libro: "Una luz en la historia de la música chilena". Esta luz debe seguir alumbrando a nuevas generaciones de investigadores y estudiantes para que también rescaten la obra musical del maestro Giarda, a fin de saldar la deuda que tenemos con un ser humano que nos iluminó con su presencia hasta el fin de sus días.

Santiago Vera Rivera  
Facultad de Artes y Educación Física  
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE)  
sverarivera@gmail.com

Gastón Soubllette. *Mahler. Música para las personas*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2005. 153 páginas.

Gustav Mahler (Austria, 1860-1911) fue un compositor muy místico. Judío de origen, durante un tiempo de naciente antisemitismo germanista se convirtió en católico. Y fue, justamente, esa experiencia judeocristiana la que creó verdaderos universos de significación en sus diez sinfonías, que el filósofo Gastón Soubllette (autor de un magnífico comentario sobre los Evangelios llamado *Rostro de Hombre*) interpreta a través de la musicosofía.

El ensayo describe una experiencia transferible de cómo superar la simple audición hedonista para llegar a un conocimiento más consciente y sabio. Afirma que "la audición ordinaria de la música es en extremo limitada, y son muy pocos los que están capacitados para oír todo lo que hay que oír en esas obras, como también son muy pocos los que están capacitados para ver todo lo que hay que ver en la pintura de los grandes maestros del pasado. Una musicosofía debe comenzar por la formación del oído, que es un 'oír más' en el sentido de la conciencia auditiva. Esta disciplina es más o menos difícil según las aptitudes del auditor. Lograda esa formación del oído, mediante la cual puede captarse conscientemente todo el complejo sonoro de una partitura, el auditor debe ser capaz de captar también todo el saber analógico que ella contiene, como intención expresiva real del autor".

Esa experiencia estética de profunda concentración personal, que se sirve de la analogía según el método junguiano (de la escuela del gran psicoanalista suizo Carl G. Jung), del contexto antropológico que inspiró al artista y de escritos propios y ajenos relacionados, descubre algo que la musicología no se plantea: de qué maneras las sinfonías de Mahler expresan el espíritu de la época, y qué analogías tendrían esas obras con otros productos culturales contemporáneos a ellas. En el fondo, se trata de una visión antropológica de la música, más integral, que supera a la fría objetividad científica musicológica, adentrándose así en lo esencial del mensaje incorporado en clave, que es lo novedoso de la tesis propuesta por Soubllette. Evidentemente, se constatan determinados recursos expresivos que imitan a la naturaleza, tales como las onomatopeyas musicales de *Las Cuatro Estaciones*, de Vivaldi, y del pasaje del *scherzo* de la sinfonía *Pastoral*, de Beethoven, que describe y recrea una tormenta, por ejemplo. Más allá, el minucioso trabajo de construcción en la variación de los motivos, en la alteración rítmica de la secuencia y del encadenamiento armónico, incluidas disonancias precisas, adiestra al oyente para hacer consciente lo que escucha su inconsciente. Entonces, se hace posible percibir un trasfondo, algo que el compositor chileno Tomás Lefever llamó las "atmósferas", entendida como una evocación que trasciende el simple efecto de la onomatopeya, puesto que reanima impresiones de los sentidos, subyacentes en la memoria. Es el caso de la suite sinfónica *El Mar*, de Debussy, en la que es posible captar una poderosa presencia evocadora, que inspira a la religión natural originaria y a todo concepto inconsciente abierto a la creación.

Fue Gustav Mahler, precisamente, quien recogió todas esas experiencias inspiradoras de los músicos románticos perfeccionando sus representaciones temáticas. Su lenguaje beethoveniano toma de Wagner el drama sinfónico y hereda de Bruckner su elevado misticismo católico. Mahler, gran director de la Real Ópera de Viena, tenía de la sinfonía una concepción macrocósmica. Al respecto, declaró que para él componer una sinfonía era como crear un mundo. Por eso en la forma sinfonía él introdujo innovaciones, incluyendo en sus movimientos fragmentos derivados de la forma canción y del poema sinfónico. Sus diez sinfonías marcan el fin real de esta forma musical en el mundo, y consagran la culminación del posromanticismo.

Finalmente, el músico Soubllette considera que el método aplicado a la musicosofía es aplicable a todas las demás ramas de las bellas artes. Por ello plantea la vigencia de la cultura cristiana, en medio